

I.

**Mademoiselle Esther en Egipto.**

Esther tenía en el Cairo, como en todas partes, muchos admiradores. Entre la colonia francesa se encontraba Luís de Montaut, un calavera espiritual, el cual fué á recibir á Esther al desembarcadero, en nombre de todos los compatriotas de ambos: los dos eran franceses por excelencia.

Él le ofreció su casa. Ella aceptó, siendo lo mejor que podía hacer en un país completamente nuevo para ella, que no conocía más que los países del Norte. Era la primera vez que llegaba á las tierras del Sol. Con tan encantadora acogida, Esther se consideró feliz á su llegada. Dos meses vivió en tan agradable compañía. M. de Montaut la enseñaba á conocer el Egipto, no solamente por medio de la palabra, sino también por el dibujo, porque pintaba tan bien como su

hermano Enrique de Montaut, que llegó bien pronto á aquella agradable colonia (1).

Además, Valía, que había prometido acompañar á Esther, pero que no había llegado á la salida del paquebot, llegó una mañana con Soliman-Bajá, tan resplandeciente y alegre como

(1) He aquí una curiosa carta de Enrique de Montaut:

«Me pide V., mi querido amigo, algunos detalles sobre la estancia de Esther en Egipto, en 1856. Aunque evoca V. recuerdos bien lejanos, aquella admirable mujer me impresionó de tal manera, que me acuerdo de todo lo que á ella se refiere.

«Cuando desembarqué en Egipto, en Octubre de 1856, á mi vuelta del Cáucaso, encontré á Esther en el Cairo, cerca del Esbekich, establecida con su fiel Rosa en la casa de mi hermano Luís.

«En la cuadra se hallaba instalada una bonita borrica negra con su borriquillo, la cual suministraba diariamente tres ó cuatro cuartillos de leche para la enferma, porque Esther había llegado á Egipto completamente extenuada.

«Había grandes recepciones en casa de mi hermano, teniendo todos á mucho honor y un gran placer en hacerle la corte á Esther.

«Ésta recibía, la mayor parte del tiempo, acostada en un diván ó en una mecedora americana. La lectura era su solo entretenimiento, haciendo también, algunas veces, que leyera mi hermano. Miguel Leví había enviado á la casa una infinidad de libros, novelas nuevas sobre todo; pero ella prefería lo que llamaba su viejo Corneille, que había llevado en sus maletas: antiguos tomos encuadernados en tafete verde, los cuales dejó á mi hermano al abandonar á Egipto, con una encantadora dedicatoria.

siempre. Se reunían, pues, seis personas, contando á Rosa, que no hubiera abandonado á Esther, aunque ésta la hubiera despedido. Así pasaba el tiempo, sin echar de menos la Francia, ni aún el mismo teatro: ¡tan bien se encontraba en Egipto la Comedianta!

«Una noche nos contó la conmovedora historia de aquellos libros.

«Los había comprado, hacía quince años, á un librero de viejo, al cual llevaba siete sueldos todas las semanas, hasta que concluyó de pagarlos. Entonces se los llevó en sus brazos, y los leyó y relejó mil veces por la noche en su alcoba.

«Aquel fué su primer libro y su primer maestro.

«Nunca se separó de ella, y siempre ocupó en su casa un lugar preferente.

«Pero bien pronto las olas de visitantes que venían á la casa nos la arrebataron.

«Cedió á los ruegos de Solimán-Bajá, que le pedía con insistencia fuera á habitar su palacio del Antiguo Cairo. Allí estaría lejos del ruido de la ciudad, porque no hay nada más bullicioso que las poblaciones árabes, en donde los gritos de la calle llegan hasta el fondo de las habitaciones, pues todas las ventanas se tienen abiertas, ensordeciendo materialmente á sus habitantes y haciéndoles creer en riñas ó batallas, cuando no son más que amigos que hablan ó camellos que pasan.

«Nos abandonó en un hermoso día, y todos la acompañamos á caballo, escoltando su carruaje.

«En casa de Solimán-Bajá, presidía los viernes los almuerzos, en los que aun conservaba su pequeña corte.

«Impulsada por un nuevo capricho, quiso estar en domicilio propio, para tener más libertad; alquiló á Solimán-Bajá una vieja casa árabe, situada á la orilla del

Bien pronto se trasladó al palacio de Solimán Bajá, en el antiguo Cairo, á orillas del Nilo.

Ver el Nilo al despertarse todas las mañanas, era su sueño dorado. Allí continuó el mismo género de vida, con sólo el aumento de algunas más esclavas nubias, magníficas jóvenes

»Nilo, á poca distancia de allí. Aquella casucha ruinosa »dió albergue á su reducida familia.

»Compró algunos objetos que le volvimos á comprar »después. ¡Con qué alegría nos recibió en su mesa, en »donde un horrible servicio de loza blanca había reem- »plazado los platos de plata del hotel de Melpómene! »¡ Con qué aire de princesa nos servía la sopa! ¡ Con qué »distinción nos designaba nuestros sitios! Me parece »verla todavía delante de la sopera, con una bata de »seda á cuadritos negros y blancos, ajustada á la cintura »por una cinta negra, traje que había hecho ella misma, »y que fué el único que usó en Egipto.

»¡ Es verdad que se levantaba tan rara vez! Mi her- »mano continuaba sus lecturas. Leía una historia de las »reinas de Egipto á aquella otra reina.

»V. tiene, mi querido amigo, una carta de ella, en la »que le habla de su instalación en la casita del Antiguo »Cairo, y del encantador de serpientes. Sí; hizo ir á los »*poilles* ó encantadores de serpientes, para purgar de »ellas la casa, largo tiempo deshabitada. Recuerdo toda- »vía aquella escena, que hacía recordar las costumbres »antiguas. Dos hombres vestidos con trajes blancos, pre- »cedidos del jefe de los encantadores, se presentaron »una mañana en casa de Esther, que era un poco incréd- »dula. Luís era quien los había llevado. Ninguno de ellos »había penetrado en la habitación; el jefe se despojó de »sus vestidos, y avanzó con lentitud por el sótano de la »casa; este constaba de grandes habitaciones, con tron-

bajo su color de bronce florentino. Todos los días Solimán y los Montaut llegaban cargados de flores y frutas. Se paseaba en carruaje ó en barca, con ese dulce y encantador *farniente* que transforma la vida en sueño.

Al fin Esther quiso tener casa suya, pero

»cos de palmeras sosteniendo el techo, y alumbrado por »respiraderos enrejados que daban al jardín. Uno de sus »acólitos se arrastraba por el suelo, teniendo á un lado un »gran saco de tela; el jefe avanzaba y retrocedía con ade- »manes suaves; silbaba, haciendo salir el aire por entre sus »dientes con un ligero zumbido modulado con su lengua.

»Aquella era, sin duda, la canción de las serpientes, »porque al sonar aquel silbido, una cabeza se destacó en »el techo á la sombra de una viga, apareciendo en se- »guida un cuerpo negro y ondulado, que cayó pesadamen- »te al suelo: era una serpiente, que se enderezaba á la »altura de tres piés, y avanzaba agitando á derecha é »izquierda su amenazadora cabeza, hasta cerca del jefe. »Éste la dejaba llegar sonriendo, y le dirigía un diluvio »de palabras, entre las cuales distinguí el nombre de Sete »Zeinab, la hija del Profeta. La serpiente se detuvo como »si se hubiera convertido en piedra; entonces el hombre, »después de un movimiento circular y rápido, la cogió el »cuello por debajo de la cabeza, y se la entregó al que le »seguía agachado, que la sepultó en su saco. Cuatro ó »cinco más se cogieron así en el sótano de la casa, que es- »taban ocultas en las vigas del techo.

»Esther dijo que estaba muy asustada, al saber que »las serpientes podrían silbar sobre su cabeza, y recitó »en aquella penumbra misteriosa, rodeada de aquellos »extraordinarios comparsas, los furoros de *Orestes*, que »estaban tan en carácter. Se subió al piso bajo; el Jefe »repitió siempre en igual traje sus sortilegios; pero no

siempre en las orillas del Nilo. Bien pronto corrieron á su casa los dervises aulladores ó encantadores de serpientes. ¿Para qué? Le dijeron que había serpientes en la casa, y que era preciso librarla de aquellos preciosos monstruos, demasiado familiares.

»encontraron nada hasta llegar á la habitación que Esther había convertido en salón. Allí, bajo el almohadón del diván en que se recostaba, se encontró una serpiente, que denunció su presencia sacando su pequeña cabeza. El jefe volvió el almohadón, bajo el cual se encontraba la serpiente enroscada sobre sí misma, y no ocupando más sitio que el que hubiera ocupado un pañuelo de bolsillo. Bien pronto fué á reunirse en el saco con sus compañeras, á las que quizás conocía desde hacía largo tiempo. El tercer encantador, que había llevado hasta allí las ropas del jefe, se vistió, después de haber recorrido un momento el resto de la casa, y habernos asegurado que no quedaba ninguna serpiente.

»¡*Matich Rallay!*

»Bien pronto se vistió; se puso su túnica azul; se envolvió en su milaieh á cuadritos azulados, colocó sobre su cabeza amoratada por la navaja su alto tarbouch rojo, en el cual había quedado su pequeño takien blanco, se calzó sus anchas babuchas, y después de haber recibido diez talaris, que contó cuidadosamente, se marchó, seguido de sus dos discípulos ó compañeros, si se les quiere llamar así. Esther se impresionó con aquel espectáculo, del que habló largo tiempo; se le explicó que aquellos encantadores era una secta religiosa; que las gentes del país, aun las más ilustradas, creían en su poder, y que en sus ceremonias no entraba ninguna clase de farsa.

»Pasaron dos meses, y Esther no mejoraba. Bien pron-

—¡Serpientes!—exclamó la trágica.

Y le pareció que sus cabellos se erizaban y que caían sobre su seno para morderla.

Sin su permiso ni el de Valía, uno de los encantadores puso manos á la obra; es decir, se desnudó por completo, silbando un aire de ser-

»to no pudo abandonar el lecho; los médicos del Cairo la hicieron partir para el Alto Egipto, y le indicaron á Louqsor para residencia. Allí debía encontrar un agente consular francés que vivía con una mujer encantadora. Esther partió con dos barcas ó dehabieh; en la una iba ella sola con Rosa, y en la otra su cocina y sus esclavas. El Virey preparaba entonces una expedición al alto Nilo. Quería emprender la campaña contra Theodoros, emperador de Abisinia. Mi hermano, que estaba temporalmente al servicio del Virey, recibió con alegría la orden de reunirse con él en Korosko, pensando que encontraría á Esther al llegar á Louqsor. El 6 de Enero de 1857 llegamos con nuestro vapor á la ribera de Louqsor; allí encontramos las barcas de Esther, que desplegaban al viento sus banderas tricolores.

»¡Estábamos en Tebas! Tebas en las dos orillas, es decir, tres aldeas agrupadas alrededor de las ruinas de los antiguos templos egipcios. Louqsor y Karnac, sobre la orilla izquierda; Medinet-Abou y las tumbas de los reyes, en la orilla derecha. Al final de una llanura de arena de quinientos metros, surgía del suelo una serie de gruesas columnas monolíticas enterradas hasta la mitad, rematadas por chapiteles que soportaban enormes trozos de granito, sobre los cuales estaba construida una casita blanqueada. Saludamos un asta bandera que se destacaba sobre un cielo de un azul claro y transparente, porque mientras más se avanza por el Alto Egipto, más va perdiendo el cielo ese azul inten-

piente enamorada. Sí, un aire de serpiente enamorada. Esos aires han sido oídos por el mismo Tallien cuando estaba en el Instituto de Egipto. He aquí ya al encantador totalmente en cueros delante de las dos hermanas, que, afortunadamente, tenían sus abanicos. En seguida empezó

»so del que tanto abusan los pintores : el cielo es demasiado luminoso en Egipto para ser de un azul oscuro.

»La pobre enferma estaba en la casa del vicecónsul de Francia. La encontramos en el salón, acostada sobre un diván de Persia, y vestida con un traje de cachemir blanco bordado con terciopelo negro.

»Nos recibió con alegría; se habló de Francia y del Cairo, de donde llevamos noticias. Allí hice un retrato suyo á la ligera, un croquis, casi sin ella saberlo; cuando lo vió, me dijo : «He ahí una cosa que vivirá de seguro más que yo.» Me regaló una Biblia, que todavía conserva su adorable perfume.

»No pasamos allí más que un día; á nuestra vuelta, cuando volvimos con el valiente ejército del Virey, la caprichosa golondrina había vuelto á partir para el Cairo con M. de La Marche.

»No hizo casi más que tocar allí, y deseosa de volver á ver sus hijos, de los que hablaba sin cesar, se embarcó para Francia con M. Obarý, teniente de navío, que le había sido presentado en el Cairo. Mr. Obarý la presentó á su familia de Montpellier, y allí es donde V. la ha encontrado.

»He aquí, mi querido amigo, todo lo que yo sé de esa mujer sorprendente y encantadora, de la que V. me rogaba le refiriera la historia. Autorizo á V. para que haga V. el uso que quiera de estos ligeros apuntes.

»ENRIQUE DE MONTAUT.»

á arrastrarse por el suelo, sin dejar de silbar. Pero ¡qué prodigio! En seguida se vieron salir tres serpientes justas y cabales de los muros y el techo, ó por lo menos se distinguieron sus cabezas. Dormidas en sus agujeros, no pudieron resistir á la influencia de la canción. Esther vió primero una cabeza de serpiente, luego dos, luego tres; cayó medio desvanecida en los brazos de Valía, que empezaba también á desvanecerse, cuando llegaron Solimán y los Montaut. En aquel instante, el segundo encantador, con una agilidad maravillosa, cogió, una después de otra, las serpientes amorosas y las hizo dar vueltas alrededor de su cabeza, convirtiéndola en una cabeza de Medusa. Esther, siempre aterrada, no podía dar crédito á lo que veían sus ojos.

—¿Quién había ocultado esas serpientes en nuestra casa?

—Ellas se han ocultado por sí solas. Este era su cuartel de invierno. ¿Qué quiere V. que se haga con ellas?

—¡Oh! no quiero que se las mate; eso me traería alguna desgracia.

—Pues bien: entonces que las arrojen al Nilo.

El encantador, que se había vestido con una hoja de parra, cogió una cuarta serpiente con la mano izquierda, mientras que presentaba la derecha á la generosidad de Esther.

—Son cien sueldos por serpiente, —le dijo Luís de Montaut.

Pero á ella le pareció que aquella cantidad no era bastante, y le dió cuatro monedas de diez francos.

—Tenga V. cuidado (le dijo Enrique de Montaut); pues la arruinarán á V.

—¡Cómo! ¿Encontrarán todavía más serpientes?

—Siempre. Pero no tenga V. cuidado; si no canta V. la canción de las serpientes, no saldrán jamás de sus agujeros.

Existe una preciosa carta de Esther sobre esta historia de las serpientes. He aquí una página de ella, que cito tan sólo de memoria, pues que ya no tengo la carta referida:

«¡Ay, amigo mío! Era preciso que viniera á Egipto para ver todas las serpientes de la tragedia. ¡Preciosos animales! Me haría de buena gana con ellas cinturones y brazaletes. Pero todavía no soy una encantadora de serpientes. Tengo miedo á morir de veras, como Cleopatra, como V. me ha visto en el Teatro Francés...., en esa tragedia en cinco actos, en que Mad. de Girardin me ha hecho cometer tantos crímenes. No crea V. que me burlo. El encantador ha descubierto en mi casa cuatro serpientes, pero preciosas. Las besó en la boca sin ser mordido por ellas.

¡Qué mal las hemos juzgado en Francia! Créame V.; las serpientes no son lo que piensa un pueblo vano. Nunca una serpiente ha hecho daño á una mujer. Al contrario: la acaricia, arrollándose á ella. Tan sólo el *aspic de volaille* es el que hace daño á los que no tienen buen estómago; pero yo, que lo tengo magnífico, no tengo ningún temor á esos preciosos animalitos. Así es que cuando vuelva á entrar en los furros de Hermina, me verá V. toda erizada de serpientes.»

Esther había ido á Egipto buscando el dorado manto del sol. ¡Inútilmente! Su sangre se enfriaba; partió para Tebas, siempre temblando de frío. Bajo el sol mismo se sentía helada, y escribía:

«*En Tebas ha hecho frío durante todo el mes de Febrero. El viento pasa por las cien puertas, lo que me tiene sin salir de mi habitación. Pero eso no quita que, lo mismo en Tebas que en París, halle personas que digan: «¡Nunca se ha visto un tiempo tan hermoso!» No me fastidiaría demasiado, si mi médico no me siguiera como una sombra. Este animal está enamorado del fantasma de Esther. ¡Ah! ¡qué desagradable es el amor! Es preciso variar la canción. Lamento, á fe mía, el que siempre se empeñen en encontrarme adorable. Si vol-*

*viere á nacer, no querría representar más papel que los de Vestal.»*

Al principio había encontrado benigno el clima, porque poco antes escribía á su hijo una carta, en la que se leía:

*«Estoy sobre este río que se llama el Nilo: el tiempo es tan hermoso á pesar de estar en pleno invierno, que para poder escribirte sin fatigarme, me he tenido que quitar el vestido. Mi peinador de noche es todo mi traje. Me he sentado sobre el borde de la cama, con todas las ventanas abiertas.*

*»El Nilo parece un lago. Ni la brisa más pequeña riza su superficie. El sol mismo parece tener calor, y se sumerge en el río, lo que da mil variados matices á esta inmensa sábana de agua. Es un magnífico cuadro de la naturaleza.*

*»Respiro con todos mis pulmones el aire vivificador del Alto Egipto.»*

La pobre pensaba que estaba mejor, y le parecía que iba recobrando sus fuerzas. ¡En las horas de calma no tenía más que ochenta y cuatro pulsaciones!

El Nilo fué para ella toda la poesía del viaje. Cuando entró en Tebas, el fastidio entró con ella

al mismo tiempo. «Mi parte moral no tiene nada de sombrío, solía decir; me río de muy buena gana.» Se entretenía con las leyendas del desierto, sorprendiéndose de que hubiera poetas en todas partes. En una de sus cartas á un amigo, le relataba una encantadora leyenda, para hacer que no se aburriera con lo demás que le ponía.

Era la *Canción de la Estrella.*

¿Contemplaría ella todavía la suya?...